

cónsules, poco más ó menos, tenían la misma fuerza, incluso veinte mil ciudadanos romanos y ocho mil jinetes. En el ejército real había alguna caballería más y diez y nueve elefantes.

»Dada la señal, entonaron los griegos el *paean* y la caballería empeñó la acción. Los escuadrones griegos remolineaban al rededor de las turmas romanas acuchillándolas sin cesar, atacando y huyendo rápidamente para volver á la carga luego al punto, mientras los romanos procuraban combatir de cerca sin dar más que cargas regulares, combatiéndose con grande arrojo por una y otra parte. En el ejército real ganaron el premio del valor los macedonios, que hicieron retroceder á la primera legión y á los aliados latinos; en el ejército romano los mereció la segunda legión que arrolló á los molosos, tesprotes y caonios. Para sostener y desembarazar el centro que cedía al esfuerzo de los romanos, dió Pirro la orden de conducir los elefantes. Los carros armados de tajantes y lanzas salieron á su encuentro y detuvieron momentáneamente su marcha con todas aquellas máquinas y fuegos que dirigían á los ojos de los gigantes animales. Pero cuando los arqueros apostados en las torres que llevaban sobre sus colosales lomos, mataron á sus conductores, y los soldados armados á la ligera se deslizaron en los intervalos y cortaron los tiros de los carros y los jarretes de los bueyes, los soldados que iban en los carros, ya inutilizados, saltaron en tierra y fueron á refugiarse á su infantería, donde introdujeron el desorden. Pero al mismo tiempo la cuarta legión hacía volver la espalda á los lucanos y á los brucios, que arrastraron en su fuga á los tarentinos, siendo preciso para contenerlos, que el rey enviara en su ayuda parte de la caballería del ala derecha.

»La batalla se mantenía en esta alternativa de varia fortuna, cuando llegó á los romanos un refuerzo inesperado. Un cuerpo de cuatro mil hombres de á pie y cuatrocientos de á caballo de la ciudad de Arpi, que había de incorporarse al ejército consular, apareció en las alturas situadas á espaldas del campo real. Desde allí veían los recién llegados la espantable pelea á una distancia de veinte estadios. Habiendo hecho algunos prisioneros los forrajeadores enviados al bosque, hubieron de saber por ellos que el campamento real estaba mal guardado. Advertido por un soldado que logró evadirse, encargó Pirro á sus más bravos jinetes que fueran allá con algunos elefantes y ahuyentaran á los merodeadores. Pero éstos habían incendiado ya el campamento, y huido á una escarpada colina adonde no pudo perseguirlos la caballería enviada contra ellos.

»Sin embargo en la llanura, continuaba el combate. Los reales dirigían ahora sus esfuerzos contra la tercera y cuarta legión, que habían ganado mucho terreno y se hallaban mucho más allá de la línea romana. Viendo la masa de enemigos de que estaban amenazadas, ocuparon estas legiones un lugar de difícil acceso, embrazado de árboles, donde no había nada que temer de los elefantes ni de la caballería. Este movimiento fué como una segunda batalla, porque el rey y los cónsules enviaban sin cesar refuerzos á las tropas empeñadas en este grande esfuerzo y fué espantable la matanza. El rey fué el primero que se cansó y al declinar del día se retiró. Los romanos retrocedieron igualmente, y pasando otra vez el río, se retiraron á su campo. Pirro no encontró el suyo: las tiendas, los bagajes, todo había sido pasto de las llamas, y muchos de sus heridos perecieron, faltos de socorro (1); pero quedaba dueño del campo de batalla.»

(1) Dionis., *Ant. Rom. excerpta ex libro*, XX, 1, 3.

Si los romanos no vencieron, á lo menos había comprado Pirro muy cara la victoria (279) (2).

Esta guerra era indudablemente demasiado grave y sobre todo demasiado lenta para el rey de Epiro. Ya no deseaba más que un pretexto decoroso para salir del empeño con honor. Habiéndole avisado Fabricio que Filipo, su médico, intentaba envenenarlo, reconocido el rey, le envió todos sus prisioneros sin rescate (278) (3). Después de este cambio de nobles procederes era difícil batirse. Así, dejando á Milón en la ciudadela de Tarento y á su hijo Alejandro en Locres, pasó á Sicilia, donde los griegos lo llamaban contra los mamertinos y los cartagineses.

II. — PIRRO EN SICILIA. — TOMA DE TARENTO (272).

Cartago había enviado últimamente á Ostia una flota de ciento veinte galeras, ofreciendo al senado ayudarle contra Pirro, y los senadores rehusaron aceptar el ofrecimiento, sin renunciar por eso á la antigua alianza. Las dos repúblicas parecían tener entonces los mismos intereses y luchaban contra los mismos enemigos: la una contra los griegos de Italia, la otra contra los de Sicilia. Los cartagineses sitiaban otra vez más á Siracusa, y en socorro de esta ciudad fué llamado el yerno de Agátocles. Pirro hizo levantar el bloqueo y rechazó de puesto en puesto á los africanos hasta la Lilibea, que no pudo tomarles. Allí como en Italia, después de las primeras victorias, sucedieron la mala inteligencia con los aliados, y el cansancio de una guerra que no acababa. El rey había perdido á su amigo Cineas, é impelido ahora por sus nuevos consejeros á medidas de violencia, castigó severamente algunas perfidias y se enajenó con altiveces las simpatías de los sicilianos, á quienes quería dar por rey á su hijo Alejandro. Por otra parte, quedábanle muy pocos de aquellos veteranos epirotas, que habían pasado el mar con él; los más bravos habían perecido en los campos de batalla de Heraclea y de Asculo y en los combates contra los cartagineses. Con un ejército de mercenarios griegos y bárbaros, no se sentía bastante fuerte contra el odio de los sicilianos. Los ruegos de los italianos vivamente apremiados por Roma, lo decidieron y dejó otra vez más por acabar su empresa (278-276).

Cada año, después de su partida, se señaló con un triunfo para los romanos. En 278, derrotó Fabricio á los lucanos, á los brucios, á los tarentinos y salentinos, é impuso á Heraclea la alianza con Roma. En 277, Rufino y Bubulco acabaron la devastación del Samnio, y forzaron al resto de la población á buscar asilo, como las bestias bravas, en lo más intrincado de los bosques y en las más altas y abruptas montañas. De aquí pasó Rufino á tomar las ciudades de Locres y Crotona. El año siguiente, nueva victoria de Fabio Gurges sobre todos estos pueblos que volvieron á llamar á Pirro. En el paso del estrecho, batieron su flota los cartagineses y apresaron su caja militar; después encontró á los mamertinos que se le habían adelantado en Italia y fué menester abrirse paso por en medio de ellos. Uno de estos mamertinos, de estatura gigantesca, lo perseguía con

(2) Según los analistas romanos, sus compatriotas hubieron de haber hecho una espantosa carnicería en las falanges del rey griego. Pero Hierónimo de Cardia, que era contemporáneo, pone al parecer las cosas en su punto, fijando la pérdida de los romanos en seis mil hombres y la de los epirotas en tres mil quinientos seis.

(3) Estos detalles contrastan demasiado con el carácter de las guerras que preceden ó que siguen, y con las costumbres antiguas, que no tienen nada de caballeresco, para no ser sospechosos. La historia de médico de Pirro es una evidente reminiscencia de la historia del médico de Alejandro.

insistencia; Pirro se volvió y de un hachazo lo abrió desde la cabeza hasta la cintura. En Locres, donde entró, hubo de saquear el templo de Proserpina para pagar á sus mercenarios. Pero este sacrilegio, como él mismo decía, atrajo sobre sus armas la cólera de la diosa, abandonándolo la fortuna en Benevento. Curio Dentato mandaba allí el ejército romano, y los legionarios se habían familiarizado ya con los bueyes de la Lucania, como llamaban ellos á los elefantes, sabiendo ahora ahuyentarlos á fuerza de dardos y con hachones encendidos: su victoria fué completa; hasta el campamento real cayó en poder de ellos (275).

Pirro no podía ya sostenerse en Italia, y con esto, dejando una guarnición en Tarento, volvió al Epiro con un ejército reducido á ocho mil hombres y sin dinero para pagarlo. Condújolo á nuevas empresas, pues llevaba el designio de reconquistar la Macedonia contra Antígono Gónatas, como al fin lo consiguió, siendo proclamado rey por segunda vez, para ir luego á perecer miserablemente en el ataque de Argos á manos de una vieja (272).

Se ha encontrado últimamente en Dodona la inscripción siguiente:

«*El rey Pirro y los epirotas consagran á Júpiter Nayos estos despojos de los romanos y de sus aliados.*»

Mientras se consagraban en el más venerable de los templos de Grecia estos ilusorios trofeos, entraba en Roma Curio triunfalmente en un carro tirado por cuatro elefantes, y una embajada del rey de Egipto Tolomeo Filadelfo, venía á felicitar al senado y á solicitar su amistad. La alianza de los dos Estados vino á ser una regla de la política nacional, así en Roma como en Alejandría. Algunos años antes Demetrio Poliorcetes había enviado al senado prisioneros hechos en galeras italianas que cruzaban los mares de Grecia. Así, pues, los príncipes de Oriente volvían los ojos hacia este nuevo poder que ceñan próximo á tomar la dominación de Italia. Pero en Pirro, los romanos habían vencido á todos los sucesores de Alejandro; las legiones habían triunfado de las falanges macedonias y de los elefantes, esas dos máquinas vivas de guerra de los ejércitos asiáticos y africanos.

Todavía hubieron de durar algunos años las hostilidades al Sud de Italia, aunque sin importancia; pero una victoria de Papirio Cursor y de E. Carvilio desarmó las últimas fuerzas de los samnitas. Este bravo pueblo se sometió por fin dando numerosos rehenes. Setenta años hacía que se había dado la batalla del monte Gauro, y en esta prolongada guerra habían obtenido el triunfo los cónsules veinticuatro veces.

El mismo año recibió Papirio la sumisión de los lucanos, y Milón entregó la plaza de Tarento, cuyas murallas fueron arrasadas y tomadas las armas y las naves. Solamente se conservó la ciudadela, donde el senado puso guarnición para contener á la ciudad, condenada á un tributo anual, y para alejar á los cartagineses del mejor puerto de la Italia meridional.

En efecto, apenas había partido Pirro cuando ya nacía la desconfianza entre las dos repúblicas. Durante el cerco de Tarento por los romanos, había aparecido á vista del puerto una flota cartaginesa ofreciendo su concurso: Papirio lo hizo todo para alejar este socorro más temible que el enemigo mismo, y la ciudad debió á estos temores haber sido tratada con menos dureza. Antes de ocho años se habrá trocado esta desconfianza en guerra implacable.

La lucha por la dominación de Italia estaba ya terminada. Medidas más bien de policía que de guerra justifican

algunas agitaciones que eran como las últimas y supremas convulsiones de aquel gran cuerpo de las naciones italianas. El senado sabe que no hay enemigo despreciable y que los grandes incendios suelen nacer de una chispa. Colocado en el centro de Italia, escucha todos sus rumores y sigue todos sus movimientos: nada puede sustraerse á esta vigilancia que no se duerme sobre sus laureles, y en cuanto asome el menor peligro, luego al punto se dirigirán grandes fuerzas al punto amenazado.

Así, pues, el año que siguió á la toma de Tarento, el cónsul Genucio fué á pedir cuenta de sus excesos á los legionarios sublevados en Regio: trescientos de ellos, conducidos á Roma, fueron apaleados primero, y luego decapitados; los demás habían perecido casi todos en la empresa.

En 269 el samnita Lolio, retenido en rehenes, pudo evadirse de Roma, reunió algunos aventureros y pretendió levantar en armas á los caracenas en el alto valle del Sagro. Los dos cónsules enviados á la vez contra él ahogaron esta renaciente guerra.

Un año después son los piceninos los que se encuentran en armas contra dos ejércitos consulares, pero al fin se ven obligados á entregarse á discreción del senado; después los sarsinatas y todo el pueblo úmbero reciben el golpe de gracia; en fin, al Sud de Italia, los salentinos y mesapienses ven llegar las legiones, menos á causa de su alianza con Pirro que porque poseían el puerto de Brindis, el mejor paso de Italia á Grecia. Ya volvía el senado la vista hacia esta parte: algunas turbaciones agitaban ciertas ciudades de Etruria, donde dos clases estaban siempre en pugna; la una dominante, la otra súbdita; ésta trabajando la tierra, la piedra, el hierro, para que aquella viviera en la abundancia, mientras la plebe, sujeta á una especie de servidumbre, permanecía en la miseria. En Roma, por un progreso lento, pero continuo, los pobres habían llegado á cierto bienestar, á la igualdad política y á la concordia con los patricios. En Etruria quisieron cambiarla por la violencia y el crimen, y esta diferencia explica los contrarios destinos de los dos pueblos.

Volsena, asentada en una colina cuyo bello lago bañaba su pie, era la más importante de las ciudades etruscas (1), pero también una de las más afeminadas, y sus costumbres ligeras se aliaban muy bien con las pasiones violentas. Una revolución demagógica privó á los nobles de sus privilegios, de sus bienes, y hasta del honor de sus familias, porque se obligó á sus hijas á casarse con los clientes y esclavos de la ciudad (2). La nobleza llamó á los romanos, que tomaron por hambre la ciudad y la destruyeron, después de haber sacado de ella, según Plinio, dos mil estatuas. La sangre corrió en abundancia. Roma reunió en un municipio infausto á aquellos esclavos rebeldes contra sus amos y á aquellos clientes armados contra sus patronos y á aquellos nobles traidores á su patria. A los que sobrevivieron de aquel pueblo, les fué prohibido habitar en el sitio en que

(1) *Caput Etruriae* (Tito Livio, X, 37). El templo de Voltumna, donde los lucumones se reunían anualmente, estaba situado en su territorio. El templo de *Norsia*, que se ve en Volsena, cerca de la puerta de Florencia, es una obra romana. La ciudad etrusca estaba en la altura, en el sitio llamado *Piassano*, por encima del anfiteatro (Dionisio, *Etruria*, I, pág. 508). La ciudad romana fué construida al pie de la colina. Era costumbre de los romanos obligar á los vencidos á abandonar las ciudades establecidas en las alturas.

(2) Según Valerio Máximo (IX, *Ext.*, I, 2) estos descreídos habrían ejercido el *ius prima noctis*. Habían decidido, dice, *ut stupra sua in viduis pariter atque in nuptis impunita essent, ac ne qua virgo ingenuo nuberet, cujus castitatem non ante ex numero ipsorum aliquis delibasset.*

se alzaba la antigua metrópoli etrusca, de la que no quedan ya ni las ruinas.

Esta expedición fué el último ruido de armas que se oyó en Italia antes de la explosión de las guerras púnicas (265). Pero ya estamos cerca. Los hábitos militares contraídos por los romanos durante aquellos setenta años de combates;

aquel pillaje de Italia que había enriquecido la ciudad, á los grandes y al pueblo; aquellas victorias, en fin, que habían exaltado la ambición, el patriotismo y el orgullo nacional, iban á entregar á Roma á una guerra eterna. Desde entonces el genio de la conquista se cernió sobre la curia.

CAPITULO XVII

ORGANIZACIÓN DE ITALIA POR LOS ROMANOS

I. — EL DERECHO DE CIUDADANÍA Y LAS TREINTA Y CINCO TRIBUS

Mientras Roma sometía á Italia, los griegos derribaban la monarquía persa. A estos algunos años de vida viril habían bastado para dominar desde el Adriático hasta el Indo. En Roma, fué menester un siglo para extenderse del Rubicón al estrecho de Mesina. Pero si no adelantaba más que paso á paso, á lo menos sabía conservar lo que una vez había tomado; y la Grecia al cabo de algunas generaciones lo había perdido todo, hasta su libertad.

En ese inmóvil Oriente donde los gobiernos pasan como el agua de los ríos que va á perderse al desierto, pero donde las costumbres permanecen como la inmutable naturaleza, la revolución que transfirió el imperio de los persas á los macedonios, no tuvo consecuencias duraderas, ni aquel viejo mundo fué agitado sino á la superficie. Para organizar después de haber vencido, para restablecer después de haber derribado, los griegos no se encontraron bastante numerosos ni bastante fuertes. Falto de dirección á la muerte de Alejandro; perdidos, por decirlo así, en medio de los pueblos asiáticos, no ejercieron sobre ellos sino débil influencia, y sus imprudentes divisiones todavía alentaron sus disturbios. Lo que el conquistador acaso hubiera sabido hacer, estrechar en un sólo haz todos aquellos pueblos, cuyos lazos rompiera al caer la monarquía persa, ninguno de sus sucesores lo intentó siquiera. Allí como en otras partes quedó la Grecia convicta de impotencia para organizar nada grande, fuera de las pequeñas ciudades que sus políticos y filósofos encontraban aun demasiado vastas. En el orden político, no resultó pues de esta conquista más que una inmensa confusión; y, si en el orden moral, se establece entre estos dos mundos de dos mundos hasta entonces separados un feliz cambio de doctrinas, si en la comparación de sus sistemas filosóficos y religiosos, sale un rico desenvolvimiento intelectual, sólo el Occidente se aprovechó de él, porque en el Occidente supo Roma establecer el orden y la unidad del poder.

La república romana crece lentamente. Su territorio no se extiende sino á medida que su población aumenta, y antes de hacer de un país una provincia, prepara las sólidas bases de su obra: forma anticipadamente una población romana, romana por sus intereses ó por su origen, en medio de veinte pueblos independientes establece una colonia, centinela perdido que vela siempre sobre las armas; de tal ciudad hace una aliada; á tal otra concede el honor de vivir bajo la ley quiritaria; á ésta el derecho de sufragio, á aquélla el de conservar su propio gobierno. Municipios de diversos grados, colonias marítimas, colonias latinas, colonias romanas, prefecturas, ciudades aliadas, ciudades libres,

aisladas todas por la diferencia de su condición, todas unidas por su igual dependencia del senado, forman como una vasta red, que ha de enlazar á los pueblos italianos, hasta el día en que sin nuevas luchas se despierten súbitas de Roma. Démonos holgadamente el espectáculo de esta política que hizo de una pequeña ciudad el mayor imperio del mundo.

El patriotismo antiguo tenía algo material y estrecho. La patria que se podía ver y tocar, cuya extensión se abarcaba con una mirada desde lo alto del cabo Sunio, del monte Taigeto ó del Capitolio, era la verdadera patria, el altar y el hogar, por los cuales era menester morir, *pro aris et focis*. Pero esos invisibles lazos de un mismo idioma, de ideas, de sentimientos, de costumbres y de intereses comunes, ese patriotismo nacido de la fraternidad cristiana y de la civilización moderna, nadie lo conoció en la antigüedad. Cada uno era de su tribu, de su cantón ó de su ciudad. Como Esparta, Atenas y Cartago, como todas las repúblicas conquistadoras de la antigüedad, Roma no quería que la soberanía fuese transferida fuera de su foro y de su curia. Aquellas ciudades no eran capitales, sino todo el Estado; no había más ciudadanos que los que vivían dentro de sus muros ó en el estrecho territorio que los rodeaba; más allá todo eran tierras conquistadas y súbditos (1). Así Esparta, Atenas y Cartago, que no renunciaron nunca á este orgullo municipal, nunca fueron tampoco más que ciudades y perecieron (2). Roma que lo olvidó con frecuencia vino á ser un pueblo grande y vivió doce siglos.

La sabiduría política de los romanos no se elevó sin embargo á la idea de crear una nación italiana. Quitar á los vencidos el derecho de obrar exteriormente como pueblo libre, porque Roma quería en su interés suprimir en Italia las guerras locales, como un día las suprimirá en el mundo; ponerlos en condiciones variadas de dependencia

(1) El máximo del número de ciudadanos fué en Atenas de 20,000 (Thuc., II, 13; Demosth. *adv. Aristog.*, I, 7). «La limitación del número de ciudadanos era la base de los gobiernos de Atenas.» (Letron., *Acad. de inscrip.*, VI, 186.)

(2) Según el derecho público de Grecia los vencidos eran: ó sacrificados, como los plateos y melienses; ó expulsados, como los potideas, los eginetas, los escirios, los carianos de Lemnos, etc. (Thuc., II, 27; Diod., XII, 44; Corn. Nep., *Cim.*, 2 y *Mil.*, 2); ó esclavizados, como los dolopes, los pelagos de Lemnos y de Imbros (Thuc., I, 98; Diod., XI, 60), y los antiguos habitantes de Creta en tiempo de los Dorios (Athen., VI); ó hechos esclavos de la gleba como los ilotas, los penestes, los mirandinienses entre los heracleotas del Ponto, los gimnesios en Argos, etc. (Muller, *Dor.*, II, pág. 55). Otros, en fin, más afortunados, no estaban sometidos á impuestos y gabelas y á ciertas obligaciones humillantes, como los mesenienses, los lesbios, etc. (Pausan., *Messen.*; Thuc., III, 50). Siempre hay mucha diferencia de esto á la política romana.

para que una presión desigual impidiera un concierto peligroso; finalmente hacerles servir á la seguridad y á la grandeza romanas exigiendo su asistencia contra todo enemigo extranjero: tal fué el pensamiento del senado, cuando las legiones le hubieron dado á gobernar la Italia.

Para comprender y ordenar esta situación, no tuvo que hacer el senado más que recordar. Dos ideas muy antiguas inspiraron su conducta: en cuanto á los derechos políticos, puso á los italianos, respecto del pueblo romano, en la condición en que los plebeyos habían estado tanto tiempo respecto de los patricios; hizo de ellos un pueblo subordinado; en cuanto á la común defensa, les impuso el papel que los latinos y los hérnicos habían desempeñado, después del tratado de Espurio Casio: hizo de ellos los custodios de su fortuna y los instrumentos de su poder.

El origen de Roma, en efecto, su historia y la política que en tiempo de los reyes abrió la ciudad á los vencidos, y en tiempo de los cónsules la curia á los plebeyos, habían enseñado al senado que la fuerza sola no funda nada estable y que sólo un momento puede tenerse el pie en la garganta del vencido. Implacable en el campo de batalla, Roma no tiene piedad ni de los caudillos enemigos que caen en sus manos, ni de la ciudad entregada á su decisión. Mata friamente y hace guerras de exterminio, de cuyas resultas han desaparecido pueblos enteros. A otros les toma parte de su territorio; es la guerra antigua en toda su dureza. Pero después de la victoria, nada de opresión tiránica: deja á sus súbditos sus leyes, sus magistrados, su religión, es decir toda su vida municipal; nada de tributos, ese signo persistente y doloroso de la derrota y de la servidumbre; nada de extorsiones fiscales, ni de levadas arbitrarias de soldados: en el caso de un peligro común, suministrarán subsidios en hombres y en dinero, según las reglas establecidas por los mismos romanos. Si han perdido su independencia, también han venido á ser miembros de un poderoso Estado que hace reflejar en ellos el esplendor de su nombre, y cicatrizadas que sean las heridas de la guerra, serán ciertamente más felices que antes de su derrota, como quiera que tendrán la paz y la seguridad en vez de frecuentes combates y perpetuos temores y alarmas.

El pueblo soberano de los Quirites es siempre el del Foro, y no puede ejercer sus derechos sino en el sagrado recinto del pomerio, pero en este recinto serán admitidos poco á poco los vencidos, á proporción que, por una larga comunidad de acción y de intereses, se hayan penetrado del espíritu de Roma. Los más bravos y los más próximos á la ciudad, entrarán en ella primero: era sin duda para los romanos participar de los provechos de la victoria; era también, aumentando su número, asegurar nuevas victorias y conquistas duraderas. De 384 á 264, se crearon doce tribus, y se extendió el *ager Romanus* desde el bosque Ciminio hasta el centro de la Campania. En su territorio contarán los censores 292,334 hombres en estado de tomar las armas (1), es decir una población de 1.200,000 almas, que estrechada al rededor de Roma, será ciertamente bastante fuerte para tener en respeto al resto de Italia (2). Dos siglos antes la población militar no pasaba de 124,214 hombres (3). A pe-

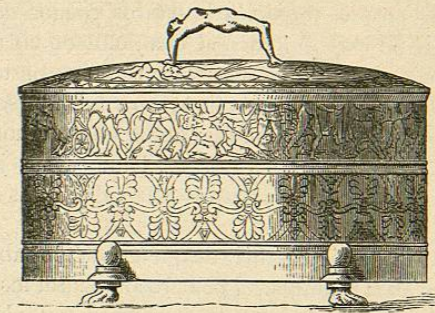
(1) Censo hecho á principios de la primera guerra Púnica (*Epit.*, Tito Livio, XVI, Entr., II, 10).

(2) Para la evaluación de la población total, siga la regla adoptada por Clinton en sus *Fasti Hellenici*. Ihne (*Rom. Gesch.*, I, 465) fuerza estos números y llega á una población de millón y medio, á la cual da medio millón de esclavos. Por mi parte creo exageradas ambas cifras, sobre todo la última.

(3) Censo de 463 (Tito Livio, III, 3). No se contaban aún más que 169,000 en 338, antes de las grandes anexionas que los triunfos de la guerra, que comenzaba entonces, permitieron hacer.

de las pérdidas de las guerras gala y samnita, la fuerza de Roma en ciudadanos y por consiguiente en soldados, creció en la proporción de 1 á 3.

El viejo pueblo romano entra apenas por mitad en este número. Pero sus veintiuna tribus le dan 21 sufragios y los nuevos ciudadanos acaso más numerosos cuentan 12 solamente: los distritos de la Etruria meridional, romanos desde 387, tienen 4 votos; los latinos, los volscos, los ausones y los ecuos, 2 cada uno; los sabinos, en 241, no formaron tampoco más que dos tribus. Añádase que para el voto en las centurias, el alejamiento de Roma de los nuevos ciudadanos no les permitirá asistir á los comicios, sin viajes costosos. Así, pues, doblando y todo sus fuerzas militares, declarando miembros del Estado soberano á los pueblos establecidos á la redonda hasta 50, 60 ó 100 millas de sus muros, reserva prudentemente Roma á sus antiguos ciudadanos su legítima influencia. Satisface así la vanidad de sus súbditos, sin alterar el carácter fundamental de su constitu-



Cisto de Preneste (4)

ción y queda ella una ciudad, es ya casi un pueblo; tiene la fuerza del número y de la unidad.

Esta unión, sin embargo, no fué nunca tan completa que no quedaran ciudades independientes á las mismas puertas de Roma. En todas partes el territorio de las 35 tribus, *ager Romanus*, estaba cortado por territorios extranjeros, *ager peregrinus*. En Tibur, en Preneste, los desterrados romanos encontraban un asilo inviolable, porque la ley que les prohibía el agua y el fuego no los alcanzaba fuera de las tierras de la república. Bien que haciendo de su foro el único teatro de las deliberaciones políticas, el único sitio desde el Ombrón al Vulturno, donde pudieran producirse las grandes ambiciones y los grandes talentos, quiso dejar el senado algún pábulo á aquel antiguo amor de los italianos á su independencia municipal. Muchas ciudades del Lacio, *nomen Latinum* (5), eran pues ciudades extranjeras, aunque

(4) Este cofrecito, sacado del *Atlas del Bolet. Arqueol.* (t. VIII, pág. 8), fué por desgracia cortado por la mitad, sin duda para disminuir su altura. La parte que subsiste representa á Eneas dando muerte á Turno, á Camilo en su carro, etc. Es la leyenda del origen troyano de Roma, asunto tratado por un artista griego. Más adelante se verá en qué época se estableció en el Lacio esta leyenda.

(5) El *nomen Latinum* comprende ahora lo que quedaba de los antiguos pueblos latinos, no agregados aún á la ciudad romana, y los que habían recibido el *ius Latii*, como las colonias del nombre latino; pero entre los pueblos del nombre latino se establecieron también diferencias: unos conservaron algunos de los privilegios de la antigua alianza ajustada por E. Casio; otros, que acaso fueran al principio los habitantes de las doce colonias latinas fundadas desde el año 268, no tuvieron el derecho de acuñar moneda, á no ser piezas de cobre, ni conservaron el derecho de comerciar (*ius commercii*) sino con ciertas restricciones. De aquí la distinción entre el *Latium majus* y el *Latium minus*, que fué muy general en tiempos del imperio. El *Lacio mayor* abría la ciudad á los decuriones, y el *Lacio menor* no la abría sino á los que habían ejercido un alto cargo municipal, ó convencido á un magistrado romano de alguna concusión.